

VIVIR DE LA BASURA. EL LABERINTO DE LA EXCLUSIÓN SOCIAL

*Fernando Gil Villa**

RESUMEN

El análisis de la toma de decisión del cierre de un basural en el nordeste de Brasil es utilizado para reflexionar sobre la exclusión social. Cómo la política social y el análisis social pueden provocar efectos excluyentes no deseados. En buena parte, esto se debe a la falta de consideración de las funciones sociales que cumple la subcultura de la basura frente a los aspectos de economía política o del medio ambiente.

I. INTRODUCCIÓN

En el siguiente artículo analizaré cuáles son los motivos que llevan a los políticos a eliminar los basurales, qué tipos de argumentaciones escritas por los analistas “críticos” – de corte económico y no cultural- proporcionan una especie de cobertura teórica o “excusa intelectual” para llevarla a cabo, y por último, qué tipo de exclusiones sociales nuevas aparecen con dicha decisión.

Intentaré demostrar cómo la decisión de eliminar un basural no sólo no aumenta las oportunidades de los excluidos sino que las disminuye, y en este sentido puede ser tomada como ejemplo para reflexionar sobre las limitaciones tanto de la política social -cuando se piensa desde la perspectiva clásica del despotismo ilustrado- como de los análisis simples y dualistas de la exclusión social.¹ Para lograr ver este efecto, el analista debe estudiar las funciones no sólo explícitas sino también latentes que cumple el basural. Me centraré en el estudio de un caso concreto para llevar a cabo estos objetivos.

El basural de Roger se creó entre 1958 en João Pessoa. La capital de la Paraíba, Estado situado en el Nordeste de Brasil, concretamente en el extremo más oriental de América del Sur, tiene menos de un millón de habitantes, un tercio de los cuales vive en favelas. Como todos los basurales al aire libre que surgieron en los años cincuenta en este país, se trataba de una extensión de tierra alejada del centro de la ciudad en la que se depositaban los desperdicios, transportados con animales de carga. En este sistema tan rudimentario, la basura no recibe tratamiento técnico, la estrategia municipal consiste en el simple alejamiento del desecho. Abandonada a su suerte, la basura se va amontonando hasta constituir una montaña. En el centro de la misma se crea una especie de cráter, el *forno* u horno, un hueco donde trabajan los catadores.

¹ En este sentido, este artículo supone un ejemplo práctico del enfoque complejo que he defendido en mi libro *La exclusión social*.

* Professor Catedrático da Universidade da Salamanca

Los catadores son las personas que viven literalmente de la basura, es decir, aquellas cuyo sustento principal consiste en la selección de objetos desechados con el doble objetivo de su consumo directo o indirecto y de su venta a intermediarios –*atravesadores*– en contacto con las empresas de reciclaje. En los alrededores del basural, los *atravesadores*, instalan sus talleres, con la apariencia de pequeños almacenes de chatarra, en nuestro caso, tres o cuatro, todavía operativos con el cierre del basural.

El basural se halla situado en un barrio popular céntrico, donde pueden divisarse algunos de los edificios históricos más emblemáticos de la ciudad, como la Iglesia de San Francisco. Geográficamente, se trata de una planicie formada por el estuario del río Paraíba, con un suelo salino rico en azufre y con una vegetación y fauna, en el pasado, típica de los manglares.

Un informe de la UNICEF, en 1999, estimaba que en Brasil había alrededor de 50000 menores viviendo de la basura. El informe añade que en algunos casos, niños y adolescentes representan la mitad de los catadores. En los años noventa había más de trescientas familias viviendo del basural Roger. Aunque los datos de que dispone el propio servicio estadístico del ayuntamiento no son exactos, en 1998 habría alrededor de quinientas personas, de las cuales más de trescientas eran menores de edad. Ese mismo año se creó el *Condominio Esperança*, en el que se realojaron 138 familias. Se trata de un conjunto de 20 bloques de viviendas con ocho apartamentos en cada uno y divididos en dos plantas. Cada apartamento tiene 24 metros cuadrados y en ellos se alojan familias con una media de 6 miembros. Además del techo, la política de realojamiento incluía a las familias en el programa PETI por el cual se otorga un dinero a los padres para garantizar que los hijos acudan a la escuela. Pero la fuente de renta de los realojados siguió siendo el basural y la mayor parte de sus hijos continuó acompañándoles en su trabajo.

2. LA DECISIÓN POLÍTICA DE LA ELIMINACIÓN DEL BASURAL.

En agosto del año 2003 el basural de Roger fue extinguido y sustituido por un parque ecológico en el que se plantaron 1500 árboles. El conjunto de medidas adoptadas por el gobierno municipal del momento, incluyó, en lo que se refiere a los catadores, el contrato de trabajo de más de trescientos de ellos para tres grandes sectores: el programa de recogida de basura “puerta a puerta”, en la ciudad, el nuevo *aterro* y la reconstrucción ecológica del parque, en el antiguo Roger, donde se creó la *Unidade de Triagem de Reciclados*. Ahora bien, ¿qué razones tuvieron los políticos para deshacerse del basural?

João Pessoa, la capital del estado de la Paraíba, con una población de menos de un millón de habitantes, tiene la virtud de haber sido catalogada por la ONU (Eco-92) como la segunda ciudad más verde del mundo, con 29,3 metros de *mato* por habitante. En estas condiciones, un basural al aire libre resalta todavía más su carácter de estigma, habida cuenta de su privilegiada situación, cerca del centro histórico. Junto con las medidas puestas en marcha destinadas a su desaparición, el Ayuntamiento publica en el año 2003 un libro-documento con fotografías en el que se explican las razones.² La primera de ellas, enunciada de forma general, es la conciencia del basural como estigma en el currículum verde la ciudad. La retórica del alcalde es la del anatema. La basura se contrapone a la calidad verde paisajística de la ciudad.

El lema que se lee en la bandera del es *orden y progreso*. El alcalde y su equipo de gobierno representan el progreso. “A partir de ahora –escribe el alcalde– podremos crecer con higiene y orden”. João Pessoa quiere crecer como Chicago, respetando el mismo patrón de progreso, sus mismos valores, esos en los que el verde ocupa la parte alta de la jerarquía. El discurso del alcalde adquiere tonos épicos, narra una epopeya. El basural era el Mal. “El sobrevuelo de los buitres era un aviso de que algo precisaba ser hecho por el bien de nuestra

² Se trata de un libro no paginado, fotografías, textos diversos, incluidos el del alcalde, titulado *Lixão de Roger: O começo e o fim*, João Pessoa: Secretaria de Comunicação Social.

gente”. Junto a fotografías espectaculares que muestran niños con mascarones con la montaña de desperdicios como fondo, puede leerse otro párrafo especialmente esclarecedor del discurso: “El mal que hace 45 años manchaba el paisaje del Varadouro, barrio que vio nacer João Pessoa, será finalmente extirpado de la vida de los pessoenses: 5 de agosto del 2003”. Una nueva nota: la preocupación por el origen. El insulto, el basural como insulto, es todavía mayor por otra razón: se instaló en el lugar donde nació la ciudad. ¿Por qué puede esto molestar? ¿Por qué tendría que suponer este hecho un agravamiento de los motivos? Por ninguna razón objetiva, evidentemente. Si en un barrio de nuestra ciudad se propaga un virus, nuestra misión como autoridad será la de tomar las medidas para su eliminación, independientemente de qué barrio sea. Si por acaso actuamos con más contundencia en un barrio que en otro, estaremos actuando de forma discriminatoria. La autoridad municipal emplea por tanto una razón peligrosa en su retórica. ¿De dónde le viene? Sin duda de sus señas de identidad sociales. Se posiciona de nuevo del lado de los valores de la clase media. De nuevo el discurso delata esta posición, negando su neutralidad –en teoría la autoridad está al servicio del pueblo, de los pessoenses–: la preocupación por el origen es un valor cultural típico de las clases privilegiadas, al inyectar el honor en el rol social.

Dentro de esta lógica de grandes *hechos* se necesitarían héroes y bardos que canten sus gestas. Y los tenemos. El libro se abre con un poema dedicado por el poeta Ronaldo Cunha Lima al alcalde. El poema sigue el mismo maniqueísmo de fondo, describiendo el basural como un “cáncer expuesto en pleno corazón de esta ciudad tan bonita y buena”. Sobre este escenario, aparece el alcalde vestido de héroe: “Mas el amor de un alcalde a João Pessoa libra al Roger de la plaga del basural. Su gesto, alcalde amigo y hermano, por toda Filipéa resuena ahora. Quien por causa tan noble así se da, conduce de Dios el amor en el corazón”.

Así pues, capa sobre capa, se han ido superponiendo los motivos, algunos declarados y otros no, para la eliminación del basural, dándole un sentido cada vez más dramático: está en uno de los países con mayor desigualdad –el que más–, en una de las regiones con mayor desigualdad, en la segunda ciudad más verde del mundo y en el lugar donde se fundó una de las más antiguas –y por tanto nobles– ciudades del país.

Hasta aquí la deconstrucción del discurso de la máxima autoridad municipal acerca de la medida de extinción del basural. Deberíamos ahora mostrar que no es un suceso aislado recurriendo a la literatura que narra la historia de las políticas públicas en relación a la basura. Aunque se trata, como se advirtió de un tema muy poco investigado por los analistas sociales, contamos con un excelente trabajo realizado sobre la ciudad de São Paulo por Rosana Miziara (2001). A lo largo del siglo XX puede identificarse en los documentos oficiales el énfasis en la burguesía paulista en la higiene. “El problema de la limpieza está íntimamente ligado a la educación del pueblo”; “un pueblo desarrollado es un pueblo limpio” (*Ibid.*: 122). Pero las instrucciones no corren solo por cuenta de los gobernantes. Estos cuentan con la ayuda de los medios de comunicación de masas, especialmente a partir de los años setenta. Ese momento representa una etapa crucial en la historia de la basura. Los basurales al aire libre comienzan a ser sustituidos por los *aterros* sanitarios y el medio de transporte utilizados por los catadores cambia, los animales de carga son sustituidos por los camiones. La televisión es utilizada en las campañas de información y educación, es decir, de inculcación de determinados valores que certifican una forma determinada de relacionarse con los desechos, por tanto, en el fondo, una forma de valorar los costes de la acción, así como una forma concreta de entender la higiene y, en el fondo, el cuerpo. Los mensajes se transmiten a través de dibujos animados que se convierten en personajes populares e instructivos³.

Por medio de escenas de humor, los protagonistas muestran lo importante que es ser discreto, organizado, educado y eficiente para ser un “buen ciudadano” (*Ibid.*: 126). Aunque la autora se detiene de modo especial en la década de los setenta, sus incursiones

³ Como Segismundo, ideado por Rui Perroti Barbosa.

documentales en los archivos a comienzos del siglo pasado y sobre todo los debates que transmiten los diarios a finales del mismo le permiten concluir que el tema de la basura parece un debate sin fin, en el que se repiten las “viejas intolerancias” (*Ibid.*:217). Así por ejemplo, en 1992 las usinas de incineración generan una discusión a favor y en contra a la que no son ajenas las comunidades afectadas. En 1998, el nuevo tratamiento de la basura a través de vibraciones electromagnéticas para destruir supuestamente los elementos patógenos hace que el tema vuelva a la palestra. Otro aspecto polémico recurrente, en fin, es el de la licitación. La concesión de contratos a empresas multinacionales francesas para la incineración de la basura en 1992 generó protestas (*Ibid.*:218).

Las campañas de prevención y educación ciudadana no sólo estatuyen lo que es un buen ciudadano, sino también lo contrario. La demonización del basural arrastra la estigmatización de los catadores, auténticos compendios de todos los vicios, apartados de la norma, desviados. Miziara recoge al respecto, algunas citas de diarios ilustrativas como la siguiente: “En los basurales, la miseria y los vicios (la embriaguez, por ejemplo) andan juntos. Lo peor es que el catador de basura se acostumbra a esa vida marginal, forma una sociedad diferente con sus compañeros... Es un personaje que no se preocupa con el baño, con la ropa limpia ni con la falta e higiene.” (*Ibid.*:147)

El concepto de higiene que se quiere inculcar no se limita a ciertos consejos prácticos. Supone una determinada concepción de la naturaleza, y de la relación de la sociedad con la misma, que en algunos casos debe realizar operaciones de inversión de los valores tradicionales. Un buen ejemplo es la mosca. Este insecto, considerado durante mucho tiempo como inofensivo, e incluso como útil y limpiador, al alimentarse del detritus que ensuciaban los patios, pasa a ser vista, en las revistas médicas de principios de siglo, como sinónimo de basura, o asociada a la misma, sucia y transmisora de enfermedades, en suma, se convierte en un enemigo peligroso (*Ibid.*:86). Y algo parecido sucederá con las ratas. El concepto de lo sucio se extiende y al mismo tiempo se define de forma compleja, incluyendo consecuencias y agentes y medios de propagación de forma detallada, aumentando los catálogos tradicionales transmitidos de forma oral por las generaciones. Ahora se convierten en complicada materia de estudio que requiere la intervención de los científicos.

3. LA COBERTURA DE LOS INTELLECTUALES O LOS EFECTOS PERVERSOS DEL ANÁLISIS RETÓRICO DE LA EXCLUSIÓN SOCIAL.

En la inculcación de estos valores culturales burgueses no participan sólo los políticos y los medios de comunicación. También lo hacen, si bien de forma indirecta e inconsciente, algunos intelectuales. Obviamente, estos últimos no se centran en los aspectos medioambientales de la basura ni pintan a los catadores como desviados peligrosos. Antes al contrario, los últimos serán víctimas claras de la exclusión social. Y sin embargo, estos trabajos sociológicos sobre el tema, pese a colocarse en una perspectiva crítica, parecen provocar paradójicamente el efecto contrario: apoyar en el fondo a los políticos. Para ello analizaré como ejemplo paradigmático uno de los trabajos más citados, *Da Utopía à exclusão*, de Bursztyn y Araujo, que además incluye un prólogo de Cristovam Buarque, uno de los autores más leídos en Brasil.

En la visión de Buarque, los catadores forman parte del gran grupo de los excluidos. ¿De cuál en concreto? De uno de los más dramáticos por no decir el que más, el de los sin techo: “El final del milenio es un tiempo de personas sin residencia” (Buarque, 1997: 9). El sedentarismo fue la primera de las opciones de la modernización, dice textualmente el autor. Pues bien, en el año 2000, “símbolo de la realización civilizatoria” tendríamos más nómadas que hace cien siglos, cuando aquella comenzó. Buarque llama a estos nuevos nómadas *modernómadas* y afirma que la fuente de esta migración no la provoca la riqueza que atrae a

los pobres –como en los casos de Estados Unidos y México- sino el propio desarrollo que parece exigir el precio de la expulsión de lo que le sobra. Los excluidos serían las sobras de la civilización, nómadas creados por la modernidad que viven de la basura arrojada por los sedentarios de la modernidad (*Ibid.*:11) Aquí se observa una relación de ideas entre basura y catadores, usando el esquema teórico de la civilización.

No obstante, Buarque alude inmediatamente al caso de los catadores en Brasilia, que son el objeto de la investigación para la que escribe el prólogo. En este caso, dice, los catadores son inmigrantes expulsados por la modernización de sus lugares de origen y atraídos por la modernización de la nueva capital. Así pues, al caso que se estudia no se puede aplicar la idea anterior, puesto que se reconoce que hay atracción por la riqueza. Pero la ciudad no los acogerá. La visión es pesimista: los nuevos excluidos son “inmigrantes que vivirán de lo que sobra en la modernidad: conscientes de que serán siempre excluidos” (*Ibidem*). Posteriormente, los autores de la investigación ratificarán esta idea, convirtiéndola en una de las tesis principales que quieren demostrar, al definir nuestra era como la de la “incapacidad de las ciudades para acoger e insertar en su dinámica a los que llegan” (*Ibid.*:52)

En esta visión, nada de lo que ha traído la civilización y la modernidad parece ser positivo. Ni siquiera los medios de transporte. Antes los pobres emigraban en los remolques descubiertos de camiones o arrastrados por animales (el famoso *pau de arara*). Ahora lo hacen en autobús, “pero el autobús ya no es un medio de transporte para un mundo mejor: es el propio mundo de los excluidos, circulando al margen del progreso que sirve a penas para unos pocos” (*Ibid.*:10-11).

Analicemos ahora por partes esta interpretación de la basura y de los catadores. En primer lugar, destacaremos el lado exagerado de algunas afirmaciones. Exagerado quiere decir, haciendo uso de una retórica basada en la espectacularidad a costa de los argumentos que le deben servir de prueba. Esto se aplica al nomadismo. ¿Cómo probar que hoy hay más nómadas que hace cien siglos, *ceteris paribus* –es decir, manteniendo lógicamente constantes factores como el nivel de población? Por otro lado, el nomadismo es una forma de vida de muchos pueblos a lo largo de la historia, pero aquí se hace un uso peyorativo de la palabra, ser nómada, aunque sea moderno, es algo malo, sinónimo de excluido. El vicio del etnocentrismo asoma aquí claramente. Porque, ¿qué nos autoriza a declarar inferior el estilo de vida nómada? Sólo nuestra perspectiva civilizatoria, supuestamente superior. Pero resulta que el autor ataca los logros de la civilización. Y si se juzga por el grado de felicidad, lo que tal vez sea más apropiado, tenemos más de lo mismo: ¿cómo demostrar que los nómadas son más desgraciados que los sedentarios? Por lo tanto, la asociación de los nómadas con los excluidos es sumamente discutible. Para defenderla, el autor ha debido caer en el simplismo en el análisis, y usar no sólo de etnocentrismo sino también del maniqueísmo, el cual reviste aquí la forma usual en los análisis sociales de las teorías de la polarización. El mundo consta de excluidos y excluyentes. Además, y sobre todo, cada vez se agrava esta división: o se es una cosa o se es otra. “Cien años de modernización dejan al Brasil más dividido, con clases más apartadas de que cuando su sociedad tenía esclavos y señores”, escribe el mismo autor en otro de sus escritos (Buarque, 1993: 16). Parece sumamente imposible demostrar esa proposición, en principio en contra del sentido común.

En segundo lugar, y descendiendo en el nivel de profundidad de las idas propuestas, aparece la idea de que las ciudades de hoy son trampas terribles, parecidas a las plantas asesinas o carnívoras, que atraen con sus señuelos de brillo a los pobres insectos excluidos para luego devorarlos, engulléndolos durante un tiempo en su estómago triturador y expulsándolos finalmente peor de lo que estaban. Y un ejemplo sería el de Brasilia, capital del país, creada hace menos de medio siglo precisamente bajo razonamientos utópicos. Ahora bien, si utilizamos la lógica, el caso de Brasilia ilustra más, en el conjunto de su medio siglo de existencia, un proceso de integración que de exclusión. La ciudad se ha nutrido de inmigrantes que han ido consolidando sus derechos y su calidad de vida en ciudades denominadas satélites.

Ahora bien, es claro que en la historia de Brasilia hay gente que ha sufrido, que en su construcción se utilizaron promesas que no se cumplieron el todo –como la de dar a cada *candango* una casa-. Pero en el supuesto caso de que utilizásemos la figura retórica de la personalización, en los menos de 50 años que tiene la ciudad, ¿cómo la juzgaríamos?, ¿diríamos que ha expulsado a más gente de la que ha acogido? Evidentemente no, tal juicio sería absurdo y completamente opuesto a la realidad. Los propios entrevistados por los autores de la investigación corroboran esta idea. Porque en principio resulta que son más los que deciden quedarse que irse, concretamente el 56% frente al 43% - (*Ibid.*:82). O sea que la ciudad ha incluido más que expulsado hasta incluso dentro de ese pequeño grupo, en absoluto representativo de catadores entrevistados.

Pues bien, ¿cómo entender los planteamientos de los autores sobre estas breves informaciones que acabo de recoger y que en la investigación comentada, curiosamente, no aparecen? Es claro que en la historia de Brasilia hay gente que ha sufrido, que en su construcción se utilizaron promesas que no se cumplieron el todo –como la de dar a cada *candango* una casa-, o ideas urbanísticas no tan democráticas según algunos críticos – como la que señala que los inmensos espacios abiertos del centro oficial está copiado del diseño parisino clásico –*embellissement stratégique*-, cuya función era la de controlar potenciales multitudes de manifestantes y su estrategia de barricadas-. Pero en el supuesto caso de que utilizásemos la figura retórica de la personalización con Brasilia, en los menos de 50 años que tiene, ¿cómo la juzgaríamos?, ¿diríamos que ha expulsado a más gente de la que ha acogido? Evidentemente no, tal juicio sería absurdo y completamente opuesto a la realidad.

Pero no es sólo que por definición Brasilia, precisamente Brasilia, es el paradigma de la ciudad incluyente, de forma tal que es el peor ejemplo que se puede poner para defender la tesis de que la ciudad moderna es excluyente, no es sólo eso digo, sino que también podríamos juzgarla, de forma más concreta en relación al propio objeto de estudio, teniendo simplemente en cuenta la propia muestra de inmigrantes entrevistados por los autores de la investigación. Porque en principio resulta que son más los que deciden quedarse que irse, concretamente el 56% frente al 43% - (*Ibid.*:82). O sea que la ciudad ha incluido más que expulsado hasta incluso dentro de ese pequeño grupo, en absoluto representativo de catadores entrevistados.

Los autores entresacan tres testimonios de la muestra, tres familias. La historia de la primera –la familia de D. Maria- es la de quienes medraron y dejaron de ser catadores *ambulantes* para hacerse catadores *sedentarios*, pero se afirma que no es un caso típico (*Ibid.*:92). Las otras dos, la de José y la de Marli, no habrían tenido tanta suerte. Sin embargo, en el primer caso, el señor José consiguió ser atendido de una enfermedad durante 22 días en un hospital público, sus hijos estudian en turno de noche y el matrimonio “se declara muy satisfecho” (*Ibid.*:94). En cuanto Marli, se nos dice que “no parece frustrada con la vida que encontró en Brasilia” (*Ibid.*:95).

En tercer lugar, la clasificación que se hace de los catadores parece demasiado simple. Se nos ofrece la idea de que los catadores son inmigrantes –provenientes del éxodo rural-, y sin techo, de ahí que el análisis sea crítico y centre su crítica, como hemos visto, en los nómadas: los catadores son víctima de la exclusión social, en cuanto que no poseen residencia fija. Sin embargo el caso de Brasilia no parece caracterizar todas las situaciones. En mi opinión, podemos al menos encontrar tres grupos diferentes de personas que viven de la basura:

	1) Inmigrantes	2) Autóctonos	
		a. Permanentes	b. Discontinuos
Expectativas	+	+	-
Identificación	-	+	-
Exclusividad	+/-	+	-
Sendentarismo	-/+	+	-
Subcultura	+	+	-

Cuadro 1. Principales diferencias entre inmigrantes e autoctonos

En este cuadro he intentado recoger algunas de las principales diferencias entre los catadores que aparecen en distintas investigaciones, incluyendo la propia. Su intención es mostrar la complejidad de esta ocupación y forma de vida. Para empezar, no todos los que viven de la basura emigraron de los pueblos. Algunos nacieron en la ciudad o llegaron de niños. A estos los llamaremos catadores autóctonos. Dentro de estos, sin embargo, encontramos dos subtipos que definen dos situaciones bien diferentes: la de que quienes se dedicaron “desde siempre” a este trabajo –en el basural de Roger se encontraron padres de familia que habían nacido allí-, y la de quienes son víctimas de la movilidad social descendente. Estos últimos son personas que en el pasado tenían un mejor nivel de vida, un trabajo y unas relaciones familiares en muchos casos estables. Por diversas circunstancias, perdieron dicha estabilidad y cayeron en situación de exclusión.

Si comparamos la clasificación con la clásica de Merton sobre desviación (1972:149), los discontinuos coincidirían con los retraídos. Recordemos que la categoría del retraimiento significa que el individuo en cuestión resolvió la tensión entre fines o valores –cosas por las que merece la pena esforzarse en la vida, el éxito en general- y medios –apego a los medios legítimos, como el esfuerzo y la educación para lograrlo- renunciando a ambos. El retraído es el *outsider*, aquel que se inclinó por la solución radical –o cayó en ella- de no jugar al juego social renunciando a sus beneficios, presentes y prometidos, pero también al precio, al sacrificio de disciplina que supone. Los *sin techo* constituyen uno de los casos más puros de *outsiders* mertonianos. En el caso de los catadores, los encontramos sobre todo en ciudades como Rio de Janeiro. En 58,6% de los catadores de más de 18 años de esa ciudad estudiados por Sarah Escorel habían gozado en el pasado de un trabajo con contrato (Escorel, 2000:161). No sólo tuvieron otros trabajos, sino que la basura no constituye un medio de vida exclusivo para ellos. Además de catar basura pueden realizar otro tipo de actividades, antes, durante o después, como la mendicidad, la venta ambulante, limpieza de coches, descarga de camiones o actividades ilegales, fundamentalmente delitos contra la propiedad. Escorel distingue tres formas de obtener beneficios (*Ibid.*: 164):

- 1) trabajos en la calle (51%);
- 2) pedir, robar y jugar (25%);
- 3) trabajos fuera de la calle (vivir de subvenciones, empleos fijos como guardia de seguridad) (16%).

Es de suponer que este tipo de personas no desarrollan su actividad sólo o sobre todo en los basurales. Dada su condición de itinerantes urbanos, y la práctica de la mendicidad, su “locus” puede venir constituido por otros dos focos alternativos: los mercados públicos por un lado y los restaurantes y bares así como las propias papeleras y cubos de basura.

La autora anteriormente citada constata que se trata de personas con pocas ilusiones, cuya capacidad por “soñar con un mundo mejor” está mermada, concentrándose únicamente en “sobrevivir” (*Ibid.*: 167). Desde el importante criterio sociológico de las expectativas, por tanto, no puede mezclarse este grupo de catadores con el de los inmigrantes de Brasilia. También en este caso el trabajo relacionado con la basura puede no ser permanente, pero llega a serlo en muchas ocasiones durante la mayor parte de la vida de la primera generación, por lo que tampoco puede compararse con el otro grupo desde el punto de vista de la continuidad. De hecho, la continuidad en una actividad es una condición casi necesaria para que se de la movilidad social ascendente, como sucede en las familias de inmigrantes.

Tampoco pueden equipararse los grupos en aspectos como la subcultura que generan. En el caso de los *outsiders* la fragmentación, en términos de actividades, espacios, continuidad en el tiempo y redes sociales, dificulta la construcción de dicha subcultura. Los individuos observados por Escorel en Rio suelen ir a dormir al centro, porque el centro urbano queda desierto por la noche y ofrece una cierta privacidad. Lo más difícil es conseguir un lugar para

lavarse: “las dificultades de acceso al agua y a la higiene son relativamente homogéneas en todo el territorio urbano” (*Ibid.*:148). Esto significa que hasta en el grado más fuerte de exclusión, el de los *outsiders*, allí donde la organización del grupo es más laxa, donde menos reglas hay aparentemente, incluso allí encontramos la tendencia a establecer rutinas. El ser humano, incluso en los niveles más desestructurados, es un animal de costumbres. La supervivencia es el último objetivo, ella es la que marca trayectorias en el espacio, lugares para ir a dormir o lavarse, a menudo separados por largas distancias los unos de los otros. Pero este hecho no debe exagerarse. A ese nivel la fragmentación es tal profunda que los lazos de solidaridad no consiguen establecerse.

Cuanto más dramática es una situación, cuanto más amenazada está la supervivencia, menos energía queda para pensar en los demás. Lo que se observa es cierto individualismo, desde luego diferente del que se da en la cultura de las clases medias. La falta de solidaridad en un grado relevante es un indicador de la falta de subcultura en este grupo pero no sólo porque no haya tiempo sino también porque nos encontramos ante trayectorias donde la desilusión es mayor. Tenemos que pensar que quienes han descendido en la escala social, gozando antes de un estatus relativamente estable, no van a tener una gran predisposición a confiar en el género humano. La fragmentación alcanza aquí, podríamos decir, la zona más íntima de las creencias personales, de la ideología como sistema de ideas que explican el mundo. Es lógico el pesimismo. Por otro lado, la propia identidad no se ve favorecida, en su continua reconstrucción, por el ritmo de vida. A pesar de los mínimos patrones espaciales que se advierten en las rutinas diarias, el grado de versatilidad alto y la inconstancia en los trabajos impiden que se adquiera algún tipo de identificación positiva con la ocupación.

No se consideran estas personas catadoras, y menos aún catadoras que ninguna otra cosa, puesto que la basura es justamente el nivel simbólico que recuerda dolorosamente el haber tocado fondo en la trayectoria social descendente, en la *caída en desgracia*. Este aspecto marca de nuevo una diferencia con los otros grupos de la clasificación. Los inmigrantes mantienen además lazos culturales con sus lugares de procedencia –hábitos culinarios, folclóricos, de organización social, etc.-, lo que todavía refuerza más la identidad del grupo, haciéndola diferente de la subcultura de los catadores autóctonos.

Aunque no disponemos de suficientes pruebas como para establecer un vínculo probado de estas categorías con zonas geográficas, parece que la primera categoría tiene más probabilidades de darse en ciudades como Brasilia, famosas por su atracción de mano de obra, la segunda en ciudades medianas como João Pessoa –base de nuestro trabajo- y la tercera en megaciudades como Rio. La diferencia entre el primer y el tercer tipo de ciudades está en su tamaño, capacidad de absorción de mano de obra y grado de organización y seguridad. En ciudades como Rio las favelas y bolsas de pobreza, así como la capacidad de la administración para detectar y ofrecer ayuda a los grupos de excluidos a través de servicios sociales es menor o está desbordada.

La clasificación que acabamos de ver deberá, sin duda, ser matizada con posteriores investigaciones, pero pese a su carácter provisional, creo que muestra lo suficientemente la dificultad para meter en un mismo saco a todos los catadores de basura, un error éste, que ilustra el peligro del simplismo en el análisis social.

Por último, y para llegar a completar la reflexión crítica sobre los peligros de la retórica en la interpretación analítica de los fenómenos de la exclusión, prestemos atención a la expresión “vivir de las sobras”. Buarque equipara el término *modernómada* al de *basurívoro* (*lixívero*). Ambos son de su invención. El último es el gran excluido porque es el que “vive de las sobras”. Vivir de las sobras es, en esta interpretación, algo malo, y no sólo malo, sino lo peor que le puede pasar a alguien. Pero, ¿qué significa “vivir de las sobras”? Antes de responder a esta cuestión, me gustaría mostrar la conexión entre esta idea de Buarque y la investigación empírica, propiamente dicha, que como sabemos versa sobre los catadores de Brasilia, realizada por los autores del libro. En mi opinión la idea conecta con uno de los

resultados principales de la investigación y que podríamos enunciar como la *crítica a la economía política de la basura*. En efecto, la basura, viene a decirnos, es un gran negocio que mueve millones y en el cual los catadores ocupan el lugar de los trabajadores explotados: “El procesamiento industrial de papel colectado por los catadores de Brasilia es un buen negocio. Se estima que por cada tonelada adquirida la empresa gasta igual valor en el procesamiento, para después vender la materia prima por 2,5 veces más de lo que cuesta” (Burzstyn y Araujo, 1997: 39).

Los autores han preguntado a los responsables de las empresas por qué no recogen ellos directamente la basura en su origen, evitando así el gasto de los intermediarios. La respuesta, que sería clave para la tesis defendida, es que cuesta menos comprar a los catadores, aunque sea a través de intermediarios *–atravesadores–*, porque éstos realizan una labor muy importante, y es que no sólo recogen sino que eliminan los agentes contaminantes que perjudican el proceso de reciclaje *–papel carbono, metalizados, papeles plastificados, materiales plásticos–*, al “batir” el papel (*Ibid.*: 38).

La problemática de los catadores, por lo tanto, se define por su jerarquización y por su explotación. Hay intermediarios y las empresas de reciclaje se aprovechan de la mano de obra barata que constituye este grupo poco organizado y protegido, sin voz. En este sentido, los catadores viven de las sobras del sistema capitalista. Ahora bien, ¿qué elementos distintivos encontramos en esta descripción? ¿En qué se diferencian los catadores de otros trabajadores? Aun si utilizamos el marco teórico del marxismo clásico no vemos la diferencia. Porque entonces, todos los trabajadores cuyo trabajo no es plenamente remunerado deben ser considerados igualmente excluidos. Todos ellos viven de las “sobras” del sistema, es decir, de lo que resta tras haberse repartido entre una minoría no trabajadora los beneficios y sobre todo, la injusta plusvalía. Que el trabajo de catador produce plusvalía, que el catador no recibe el salario justo, eso se nos dice. Muy bien, ¿y quién lo recibe? ¿Cuántos trabajadores según esto son excluidos? Pues, en puro marxista, todos aquellos que no se ven excluidos de las tomas de decisión respecto al fin y el proceso de su trabajo así como respecto a la posesión de los medios de producción. En este sentido, no se ve qué ideas nuevas aporta el análisis ni qué sorpresa puede causar a los investigadores el hecho de que haya intermediarios o plusvalía y por ello se vean motivados a escribirlo.

Pero la expresión “vivir de las sobras” aún puede ser deconstruida a un nivel de profundidad mayor para llegar a captar la posición subyacente o no declarada que informa a los investigadores. En el pasado, vivir de las sobras no era mal visto. En el sur de Europa, la pobreza no tenía la connotación negativa de la actualidad. En aquellas sociedades, imbuidas en la atmósfera de la religión, había “pobres de solemnidad”, lo que significaba que vivir de las limosnas podía ser considerado en ciertas circunstancias como un algo digno. Posteriormente, con el Estado del Bienestar, asistimos a una especialización de las agencias de solidaridad pero esto no significa que mucha gente siga viviendo de las sobras de forma socialmente bien vista. ¿Cuántas personas no viven de las subvenciones estatales?

Si resulta que tantos han vivido y viven de las sobras, si resulta que vivir de las sobras es algo normal y común antes y ahora, ¿por qué entonces criticar el caso de los catadores? ¿En virtud de qué cosa ese caso es una categoría especial? No hemos encontrado nada de particular en su organización como sistema de trabajo. Luego el único sitio que nos queda para buscar su especificidad es en el trabajo mismo, en la actividad y sus connotaciones. Los catadores trabajan con la basura, y la basura es algo desagradable, algo malo, negativo. Ese es el estereotipo, como hemos avisado en la introducción, ese es el sentimiento automático y espontáneo que despierta en la gente. Ese es el pensamiento no elaborado, no sometido a reflexión, el prejuicio contra la basura.

La basura es la que ha contaminado el trabajo de los catadores, ella es la responsable última de su exclusión, quiero decir, la responsable de justificar y explicar la exclusión de estos trabajadores como algo específico. Esta es la única posibilidad lógica a

la que nos lleva el análisis de este tipo de investigaciones. La conclusión por tanto es que estos y otros autores critican, en sus trabajos la economía política de la basura, su gestión injusta, pero comparten con los gestores criticados la idea subyacente —el prejuicio, en cuanto que pensamiento vulgar, no elaborado, no sometido a la “vigilancia epistemológica que debe caracterizar el análisis social científico- de que la basura es algo malo. En otras palabras, la basura — y todo su universo simbólico que luego repasaremos- es algo malo que debe ser eliminado. Otra cosa es cómo debe ser eliminado. Es en las formas actuales de eliminación que normalmente se siguen en la actualidad en lo que nuestros autores no están de acuerdo. Se entiende ahora el título de este apartado, o por qué razón se afirma que los intelectuales consiguen con sus análisis, a pesar de sus intenciones, dar cobertura, justificación teórica a los políticos en su tratamiento de la basura. Para ambos, la basura representa el Mal.

4. LAS FUNCIONES SOCIALES DEL BASURAL

Ni los políticos ni los investigadores sobre los basurales parecen haber realizado un análisis de lo que supone “vivir de las sobras” para los catadores. Tras su eliminación, la mayoría de ellos se muestra insatisfecha cuando son entrevistados. Y eso que limitamos las entrevistas a los que habían conseguido ser contratados por el Ayuntamiento en las tareas relacionadas con la basura, fundamentalmente en el programa de recogida “puerta a puerta”. ¿Cómo era posible tal grado de insatisfacción? Cuando todos, hasta los poetas, celebraban, al estilo epopéyico de las grandes narrativas el fin del basural, resulta que meses después los supuestamente redimidos preferían claramente la vieja situación. Los catadores echaban de menos el viejo basural, añoraban los tiempos en los que trabajaban en él. ¿Cómo explicar esta contradicción? Después de todo, el basural no debía ser tan malo como lo pintaban los políticos y algunos intelectuales. A través de las entrevistas y de un detenido análisis de la situación, podemos llegar a ofrecer una respuesta, una explicación basada en argumentos y una interpretación lógica de los mismos.

El basural es un microcosmos, un mundo que genera cultura, un hecho social que cumple funciones tanto latentes como manifiestas. Esas funciones afectan tanto a los ciudadanos en general como a los catadores o personas que viven del mismo. Puesto que estos últimos dependen del basural para su subsistencia, lógicamente, su extinción debe encontrar una alternativa. Desde el punto de vista de la política social las soluciones alternativas desde el punto de vista laboral no son difíciles de hallar, al menos teóricamente. Sin embargo, la alternativa debe cumplir los requisitos de la equivalencia funcional. Y es justamente este hecho el que pasa desapercibido y el que causa al final el fracaso de la medida, entendiéndolo por fracaso, como ya se avisó, el que se refiere a las personas afectadas, y no al medio ambiente. Una medida no puede ser calificada de exitosa si atiende únicamente a las necesidades técnicas del medio ambiente y desatiende a la voluntad de las personas afectadas directamente.

4.1. FUNCIÓN MANIFIESTA DEL BASURAL

La función manifiesta que cumplía el basural para los catadores es la de servir de fuente de sustento, tanto directa como indirectamente, es decir, dando lugar al aprovechamiento de los productos a su venta para el reciclaje. En ambos aspectos, la situación posterior, a un año vista, es peor. La renta ha disminuido y la mayoría se ve obligada a realizar trabajos complementarios para conseguir completarla⁴:

⁴ Las entrevistas a los catadores, de donde he extraído los fragmentos que aparecen en este capítulo, fueron realizadas por la profesora Maria Goretti de Assis Laier. Agradezco a mi colega que pusiera amablemente a mi disposición el material de las narraciones.

“Antes teníamos con que comer, pero ahora lo que recibimos no da para nada. No llega a 100 Rs⁵ semanales por quincena... si no hiciera bico⁶, catando con mis hijos en la calle, no tendría nada para echar en la cazuela.

“Desde que comencé aquí nunca gané más de 200 al mes. En el basural ganaba eso en una semana”

Pero el basural no es simplemente una fuente de renta. Es algo más. Una frase que en portugués alcanza la rima ilustra la idea: “basura es lujo”:

“Lixo é luxo. Aquí tengo todo lo que necesito, comida, cosas para mi casa, juguetes para mis hijos”...

Otras investigaciones recogen citas parecidas: *Aquí todo el mundo come de la basura. Muchos lo niegan, es verdad, pero yo no* (Martins, 1999:39).

La asociación hecha por los catadores de la basura con el lujo suena en principio paradójica. Para el ciudadano común la basura es justamente lo opuesto al lujo. Una posible explicación es que el lujo puede ser referido tanto a situaciones de abundancia como a situaciones de refinamiento. En el primer caso, el concepto adquiere su significado por oposición a situaciones de escasez. En el segundo, el sentido se obtiene dentro del mismo grupo de situaciones, basándose la comparación en el grado y en la cercanía de éste al arquetipo. De esta forma, el ciudadano de clase media, moviéndose normalmente dentro de este segundo referente o esquema comparativo, verá el lujo en coches, casas, comidas o escenas de gran refinamiento, opuestas a los grados más bajos marcados por la suciedad. El lujo es la luz, el brillo, frente al polvo y lo sucio. El lujo no es incompatible con materiales toscos y primitivos pero con la condición de que sean sacados del contexto de vida rudo y poco civilizado. Es decir, el lujo es compatible con lo simple pero no con lo sucio.

Los catadores, y en general los que se mueven en contextos de autoridad –pobreza y austeridad pueden ser considerados como sinónimos en algunas situaciones-, utilizan sin embargo el primero de los referentes. Por eso el basural representa el lujo frente a las otras situaciones de trabajo con la basura, como la del programa de recogida puerta a puerta, o la de los “barrenderos”. Porque el basural es una montaña gigante de cosas. En ella está todo cerca y sobre todo funciona como una promesa. Enterrado está el tesoro, y si buscas, al final siempre tendrás alguna recompensa. Estimula así la fantasía del catador. El basural, por su forma, es la representación de la abundancia, frente a la disgregación, especialización y escasez de las otras formas de basura.

El basural provee de todo, y en el mismo sitio. Un sitio que es “tuyo”, que el catador siente como suyo, al vivir al lado. Un sitio cuya forma cobija –el centro de la montaña, el horno-, que protege. La montaña de basura surge de la tierra para alimentar, es la tierra fértil que amamanta y protege, el útero caliente que proporciona seguridad.

4.2. LAS FUNCIONES LATENTES DEL BASURAL

En realidad, que el basural constituya un mundo relativamente autónomo, como acabamos de sugerir, nos indica ya que proporciona algo más que un mero sustento. El basural cumple dos funciones más: de un lado dota a los moradores de una subcultura, es decir, de un conjunto de prácticas y de sentidos coherente cuyo objetivo y resultado final es dar

⁵ La moneda brasileña, el real, equivalía en el año 2004 a un tercio del dólar americano.

⁶ “Bico”, trabajo secundario, normalmente sin contrato, que se realiza como complemento a la actividad principal. En Brasil, es algo muy común. Incluso profesionales como los maestros, están tan mal pagados, que se ven obligados a realizar trabajos extra para poder sobrevivir.

seguridad. Por otro lado, el basural sirve para ocultar el estigma individual (Goffman, 1995)⁷ –la vergüenza que supone trabajar con la basura en nuestra sociedad–: el catador y su trabajo se desarrollan en condiciones de aislamiento.

Lógicamente, la extinción del basural impide la realización de ambas funciones pero los efectos provocados por este hecho son diferentes. La decisión de su eliminación actúa sobre la subcultura creada a lo largo de los años de dos formas: multiplicando la jerarquía y destruyendo el espacio estructural generador de prácticas sociales. Es cierto que antes ya había instalada una jerarquía en la forma de trabajo que separaba los catadores de los *atravesadores*. Estos pueden definirse como intermediarios entre los trabajadores de la basura y las empresas de reciclaje. Al desaparecer el basural y ser reclutados muchos de los catadores en los programas de recogida de basura organizados por el gobierno municipal, aparece la figura de los representantes, los cuales vienen a ser una especie de capataces encargados de pagar las quincenas y organizar el trabajo. En las entrevistas los catadores desconfían de ellos: “ahora tenemos dos jefes”. Los representantes pasan a ser vistos bajo la óptica de la resistencia. Ahora bien, ¿cuál es la diferencia entre los *atravesadores* y los representantes en términos de sus repercusiones para la subcultura? Pues que los primeros no forman parte de las colonias de catadores, mientras que los segundos sí. La jerarquía, en el primer caso, es impuesta por la propia mecánica del trabajo y actúa únicamente en el universo del trabajo. Pero en lo segundo caso, la jerarquía se inyecta en el propio cuerpo del catador, provocando desilusión.

Los efectos son pues los opuestos si analizados con arreglo al criterio de las relaciones de poder y resistencia. En el primer caso, la figura del intermediario, como en cualquiera de los casos de las relaciones de trabajo capitalistas, genera oposición y estimula la resistencia. En el segundo caso, destruye la resistencia, la hace estallar internamente al provocar la desunión de los catadores por el mecanismo bien conocido del dilema moral que provoca en el individuo la tentación del poder. Tal vez, una de las pocas pistas claras es el grado de conocimiento que el individuo sometido al dilema tiene de la víctima. La norma parece ser que en caso de no conocerla la probabilidad de que no le importe causarle sufrimiento aumente. Pues bien, un mecanismo similar se ha puesto en marcha con la desaparición del basural y el reclutamiento de los representantes: “Había más amistad allá en el basural. Ahora hay muchas peleas, el día de cobro es horrible”.

Podemos decir entonces que la jerarquía creada por estos últimos, a diferencia de la creada por los intermediarios, destruye las redes de solidaridad. No es ésta solamente la única forma de jerarquía que conllevan las medidas de la eliminación del basural. Hay una previa y general: la propia contratación. No todos los catadores antiguos son reclutados por las instancias oficiales. Más de cien personas quedaron fuera en el caso del basural de Roger. Si analizamos casos parecidos siempre encontraremos el mismo fenómeno. La ciudad de Porto Alegre constituye un buen referente al ser pionera, desde inicios de los años noventa del siglo pasado, en experiencias de reciclaje de la basura y en general de ensayo de políticas municipales que tratan de mejorar la exclusión social de los catadores. Antes de ponerse en marcha la autogestión de las unidades de reciclaje a través de asociaciones autónomas, hubo un proceso de selección de los catadores del basural para su inserción en las nuevas formas de trabajo. El proceso de formalización, independientemente de la forma de gestión, comienza pues con procesos excluyentes generando una jerarquía que antes no existía: los contratados y los no contratados. Estos seguirán catando basura, fuera de los circuitos oficiales pero ahora en condiciones peores. Por tanto, la extinción del basural y las subsiguientes medidas de clasificación y organización oficial de la fuerza de trabajo de los catadores provoca la multiplicación de las jerarquías y destruye las redes de solidaridad que se habían generado espontáneamente en el mundo del basural. La desconfianza crece hasta

⁷ Véase el capítulo segundo, “La etiqueta y el rol social de desviado. El interaccionismo simbólico” de la primera parte de mi libro. La delincuencia y su circunstancia. Sociología del crimen y la desviación.

erosionar tejidos antes sanos. Tal el caso de las asociaciones, cuyos representantes pasan a ser también objeto de sospecha, pese a que en teoría nacieron para defender los intereses de los catadores. Sin embargo, su contacto con el poder municipal les habría contaminado.⁸

Pero, ¿qué es el mundo del basura al fin y al cabo sino un espacio? Un espacio acotado donde muchas familias viven y trabajan en condiciones de relativo aislamiento durante generaciones. Un barrio, en definitiva, un lugar donde se echan raíces. Un barrio socializador, es decir, donde conviven las distintas edades con poca o ninguna división del trabajo, y en un espacio reducido. Este *locus* ha generado prácticas sociales a lo largo de los años, ha cristalizado el tiempo y en este sentido ha generado subcultura. Obviamente se trata de un espacio pobre y sin servicios ni control social formal que encajaría teóricamente en lo que algunos trabajos clásicos de las subculturas denominaban medio social no estructurado. Pero al ser de dimensiones reducidas, relativamente nuevo y muy homogéneo, esta característica hace que no derive hacia las fatales soluciones de las subculturas de la violencia y de la droga. Y por el otro extremo también muestra diferencias claras con los catadores eventuales y trashumantes de las grandes ciudades como Río, a los que nos referimos en la clasificación hecha en un apartado anterior. Los estudiosos de estos últimos, tal vez demasiado generosamente, afirman haber encontrado, incluso en estos casos, rastros de subcultura, de un “tejido relacional interno al grupo”, en cuyo cotidiano se pueden observar estrategias de supervivencia fisiológica y rendimientos (el producto de la limosna, alimentos, informaciones sobre locales propicios para pedir o de reposo, etc.) (Scorel, 2000:147). Pero si en este caso está justificado hablar de subcultura, cuanto más lo estará en el caso de espacios donde se realiza el uso mixto de actividades.

La historia de los basurales se repite en otras ciudades, allá donde se da. Entre los catadores de Brasilia, Martins encuentra catadores que residen y separan la basura para su venta en el mismo basural. Pero también recoge testimonios de trabajadores que fueron separados del basural. Un hombre de 53 años y varios hijos se expresa en estos términos: “se llevaron el pan de mi mesa... ahora cato la basura lejos de *mi barranco*” (Martins, 1999:42). De forma parecida se expresan los catadores del basural de Roger después de su eliminación: el trabajo resulta obstaculizado por el espacio. Ahora la basura está dispersa, y se ven obligados a ir tras ella recorriendo largas trayectorias fuera del lugar de residencia: “Ahora vengo caminando. Ya perdí diez kilos. Salí de casa a las cinco de la mañana, si por lo menos tuviese una bicicleta”.

Aunque al entrevistado consiguiese una bicicleta, no podría evitar el efecto destructivo de las redes y de la solidaridad producido por la diáspora tras la eliminación del basural. Los catadores ya no están juntos. En muchas ocasiones, la disgregación afecta a miembros de una misma familia. En este sentido, vale la pena hacer un comentario aparte sobre los menores. ¿Cómo afectan las políticas de eliminación del basural a esta exclusión? Pues al parecer, y contrariamente a lo que se pretende, aumentándola. ¿Y sus hijos? –preguntamos a los nuevos trabajadores-. “En medio de la calle”, responden resignados. En efecto, la desaparición del basural aumenta la vulnerabilidad de los menores. En primer lugar, porque siguen trabajando en la basura. La ayuda económica que reciben las familias por hijo que vaya a la escuela es insuficiente, no afecta a todos, y llega tarde. Pero incluso en el caso de que se reciba, no impide que el hecho de que los menores salgan a trabajar fuera del horario escolar. En segundo lugar, y más importante desde el punto de vista que estamos analizando en este momento, los efectos negativos del nuevo tipo de trabajo caracterizado por la fragmentación, se dejan sentir mucho más en los jóvenes. Disminuye el tiempo de convivencia entre iguales y el capital social que pueden dedicar los adultos. En el mejor de los casos, vemos al menor acompañando a un adulto

⁸ Existía una asociación de catadores en el basural Roger, denominada ASTRAMARE. Las quejas y críticas son numerosas. Visible es también en las entrevistas la asociación de “contaminación” señalada, según la cual, el papel de “representante” acaba definiéndose como negativo, independientemente de los intereses representados. Recojo citas de dos entrevistados como botón de muestra. “Hasta ahora no hicieron nada. Dicen que se reúnen con el alcalde pero yo no veo nada”. “Cuando la asociación y el alcalde venían con un montón de promesas, sospechamos. Ahora se vio. Nos quitaron el medio de vida”.

—hombre o mujer—, llevando un carro con o sin tracción animal recorriendo la ciudad. En el peor, vemos una variante de la misma escena pero sin adultos.

Es verdad que hay casos en que la familia en situaciones de miseria puede ejercer una influencia más negativa que positiva. Es algo que puede observarse en algunos grupos de niños de la calle, donde los contactos con los padres son ocasionales o se pierden como referencia debido a los malos tratos recibidos.⁹ Sin embargo, no parece ser este el caso de la mayoría de las familias que vivían alrededor del basural.

La rentabilidad del trabajo de recogida es tan baja que exige un horario de sol a sol y sin pausas. El observador percibe que los catadores están siempre serios. Repárese en la consecuencia de adolescentes y niños trabajando a solas en itinerarios largos: la inseguridad. Por eso utilizaba más arriba la palabra vulnerabilidad. Ahora no se trata sólo de que los menores carezcan de la oportunidad escolar. Han ganado además, probabilidades de ser víctimas, por ejemplo de accidentes por atropello de vehículos a motor o ataques de perros guardianes.

Si ya de por sí, como es bien conocido, los jóvenes son el grupo de edad peor parado en las estadísticas y encuestas sobre víctimas, peor será la situación del subgrupo de menores catadores. Pero no tenemos datos. Hasta de los estudios y de las estadísticas parecen haber sido excluidos.

La segunda función latente que el basural cumple es que si bien a nivel social supone un estigma, al trabajador de la basura le permite precisamente lo contrario, ocultar el estigma que supone su trabajo. Lógicamente, quienes toman la decisión de eliminarlo, invierten los efectos contradictorios. Queda oculto el estigma a nivel social —literalmente enterrado— pero al precio de destapararlo a nivel individual.

En resumen, la eliminación del basural causa alteraciones de la subcultura que aquel había generado por fragmentación. Son visibles entonces efectos perversos en valores como la solidaridad y aumenta la exclusión social de los menores. Por otro lado, descubre el estigma individual de los trabajadores, que deberán ahora realizar su trabajo en las calles, expuestos al público, dando lugar a los efectos bien conocidos discriminadores del etiquetamiento.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Bandeira de Ataíde (1995). *Decifra-me ou devoro-te. História oral dos meninos da rua de Salvador*. São Paulo: Loyola.
- Buarque, C. (1993). *O colapso da modernidade brasileira*. São Paulo: Paz e Terra.
- (1997), “Prólogo”, en Burzstyn, M y Araujo, C.H.: *Da utopia à exclusão*, R.J.: Garamond.
- Burzstyn, M y Araujo, C.H. (1997) *Da utopia à exclusão*, R.J.: Garamond.
- Scorel, S. (2000). “Vivendo de teimosos. Moradores de rua da cidade do Rio de Janeiro”, en Burzstyn (org.). *No meio da rua*. R.J.: Garamond.
- Gil Villa, F. (2002). *La exclusión social*. Barcelona: Ariel.
- (2004). *La delincuencia y su circunstancia. Sociología del crimen y la desviación*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Goffman, E. (1995). *Estigma*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Martins, M. (1999). *O lixo do poder*. Recife: Edições Bagaço.
- Merton, R. (1972). *Teoría y estructura sociales*. México: FCE.
- Miziara, R. (2001). *Nos rastros dos restos*. São Paulo: FAPESP.

Contacto: gilvi@usal.es

⁹ Véase como ejemplo la investigación de Bandeira de Ataíde (1995: 29).